

Plomo fundido

Los vídeos que he estado subiendo a Twitter no son ciencia ficción. Los estruendos y el fulgor de los ataques aéreos están ocurriendo en este barrio, junto a las ventanas de este viejo edificio. Quiero que no nos den la espalda, que se conozca esta injustificable masacre que se ha cobrado ya más de 2.000 víctimas. Mi teléfono móvil reproduce lo que capta mi ojo y yo lo muestro al mundo para que alguien se indigne ante tamaña barbarie.

Soy Farah, tengo 20 años. Soy la misma adolescente que firmó la foto titulada “Plomo Fundido” en 2009, esa que dio la vuelta al mundo y fue tan elogiada por la prensa internacional. En esa foto, un viejo camastro aparecía junto a una pared a punto de sucumbir. Es justamente así como me encontré nuestra casa, nuestro refugio, al volver de mis clases: no quedaban más muros que el que aparece en esa foto que bauticé el día más triste de mi vida durante la ofensiva librada por tierra, mar y aire con la excusa de minar las infraestructuras de Hamás, y de paso, arrasar nuestros campamentos.

La instantánea no es solo una foto firmada por una adolescente desesperada. Plasma el dolor de todo un pueblo. La hice consciente de que era un recuerdo de familia, que esa cama representaba a una saga de mujeres que han jugado al obstinado ejercicio de la supervivencia. Fue el único mueble que quedó casi intacto de nuestro hogar durante la Operación Plomo Fundido. El catre llevaba toda una historia detrás: era de mi abuela, allí parió a mi madre cuando estuvo desplazada en Jordania; también yació allí mi madre cuando dio a luz al más pequeño, Bassam, y allí murió la pobre después de horas de parto durante un toque de queda de los tantos a los que estamos acostumbrados. La cama me

acompañó a mí durante mi varicela, mis anginas y gastroenteritis. Hace dos años solo, fue la camilla que acompañó hasta el final a mi abuela, cuando se negó a dejarse encerrar en un hospital.

Si entonces mi madre hubiese podido recorrer los 600 metros que nos separaban del sanatorio, se habría podido salvar. La hemorragia del parto no remitía ni tampoco la balacera en las calles. Exenta de fuerzas, fue demasiado tarde cuando la trasladaron en un remolque, una temeridad que asumió mi padre y unos vecinos en aquella larga noche en la que Bassam vino al mundo.

Ahora estamos en agosto de 2014. Un nuevo conflicto, una nueva operación que lleva otro nombre y parece un capítulo más de este absurdo devenir. La misma maniobra de aniquilación. Observo que, horas después de subir mi famosa foto “Plomo Fundido” a Twitter, he llegado a los 900 seguidores. Si he tenido que recurrir al recuerdo de 2009 es para que nadie olvide que son demasiados golpes los que nos asestan.

La cama es un símbolo que capté con tan solo 15 años cuando me di cuenta de que nuestro refugio no tenían paredes, fue la mañana en que mi padre trabajaba en el mercado de Shejaiya. Me llamó al móvil: “Farah, ¿ha llegado tu hermano Bassam a casa?”. “No hay casa, papá”. Y tampoco había rastro de la abuela, símbolo de una generación de mujeres intransigentes con la muerte. “La abuela debe de haber ido a buscarle al colegio”. Padre me rogó que corriera a reunirme en la escuela materna con Bassam y la abuela. Corrí levantando una densa nube de polvo, sorteando los cascotes, corrí sin detenerme en ese frío día de enero hacia la escuela infantil.

De lejos vi un corro de gente, padres que portaban a niños de corta edad, muchos heridos, algunos en estado de shock, apenas podían hablar. Alguien lloraba. Entre la confusión, acerté a identificar a una mujer con un pañuelo igual que el de la abuela, una silueta de mujer acurrucada en una esquina del patio de la escuela. En su regazo acunaba a mi hermano pequeño. Lo mecía en silencio murmurando una nana. Bassam sin pulso, con el pelo cubierto de polvo, los ojos cerrados como durmiendo y las manitas aún manchadas de tizas de colores.

El obús cayó ese 18 de enero de 2009 a pocos metros del patio de la escuela infantil. Cuatro niños menores de 8 años y dos profesoras murieron. No es injusto que el mundo haya olvidado esa fecha. Lo injusto es que todos esos niñitos, compañeros de Bassam, a su corta edad ya habían vivido tres guerras. Resulta intolerable que, de todos los civiles víctimas de esta desvergonzada escaramuza llamada “Operación Plomo Fundido”, casi la tercera parte fuesen menores de edad. No lo digo yo, ahí están las estadísticas esas que tanto les gusta barajar a los políticos. Y los datos de víctimas (lo que se expresa como *casualties* en anglosajón, un término tan bien sonante y aséptico que no parece guardar relación con la muerte) quedan ahí para engrosar la trayectoria de mi pueblo. Simples números recogidos en informes de la ONU.

Pero ya nada ni nadie vuelve. Como no volverá la vieja cama a ocupar ninguna estancia, ni tampoco volverá del colegio nuestro Bassam, sonriente, como cada tarde de la mano de la abuela.